

Reportaje

Adolescencia – Ambivalencia

Psic. Victoria Molina

La adolescencia representa el momento clave para la definición de la *identidad* del ser humano, misma que le permitirá el logro de la autonomía.

Para Palazzini, la identidad es imagen y sentimiento. Por un lado, es una operación intelectual que describe existencia, pertenencia y representación corporal; por otro, es un sentimiento, un estado del ser, una experiencia interior que corresponde a un reconocimiento de sí que se modifica con el tiempo.

En la búsqueda de su identidad, el adolescente experimentará con lo que la sociedad tiene para ofrecerle. Recurre a grupos de pares con los cuales se identifica. Ocurre aquí, el proceso de doble identificación masiva en donde todos se identifican con cada uno, y que explica, por lo menos en parte, el proceso grupal de que participa el adolescente.

Se transfiere al grupo gran parte de la dependencia que antes se mantenía con la familia, y el grupo aparece como continente de las ansiedades de sus integrantes.

Muchas veces esta búsqueda de identidad se da de manera peculiar, basada en figuras negativas, lo que se denomina “identidad negativa” (es preferible ser perverso o indeseable a no ser nada); otra forma de búsqueda de identidad puede presentarse en la adopción de identidades transitorias, ocasionales o circunstanciales, por ejemplo, ciertas actitudes machistas temporales, algún comportamiento ocasional ante el primer encuentro con una pareja o un primer baile, etc., lo que significa que se recurre a las situaciones que se presentan como favorables en el momento.

La identidad, por tanto, se articula con el empalme de lo individual y lo universal.

En realidad, el “mundo adolescente” debe ser considerado como una verdadera estructura social, cuyos integrantes conforman una multitud ansiosa que oscila entre dos polos: 1) la inestabilidad determinada por sus cambios psico-biológicos y la inseguridad que le ofrece el ambiente social, y 2) la búsqueda de un continente estable que confiera solidez y garantía a su insegura identidad. Ese continente es buscado en la vida grupal.

Las crisis “confusionales” provocadas por las vicisitudes del desarrollo psico-biológico y aumentadas por el fracaso del grupo familiar y social para solucionarlas (debido a sus propias crisis), crean momentos de verdadera despersonalización que se reflejan dramáticamente -en ocasiones- en la búsqueda desesperada por instalarse en una determinada identidad.

El proceso que se atraviesa en la adolescencia, permite alcanzar, principalmente, la independencia de los padres, la adaptación al grupo, la aceptación de la nueva imagen corporal y el establecimiento de la propia identidad. Se trata de un proceso de separación –

individuación. Para conseguirlo, el adolescente está obligado a renunciar a las “identificaciones” pasadas; él sabe que ya no es un niño, pero tampoco un adulto. Muda, en el momento de la adolescencia, su forma de vestir, sus gustos, preferencias y opiniones, pero todo esto lo va tomando prestado. De esta forma, ensaya y juega con las nuevas identificaciones, antes de consolidar una identidad propia. Estas identificaciones son complejas porque surgen de las identificaciones infantiles, donde ambos progenitores son objetos de amor y de rivalidad, origen de la *ambivalencia* que se re-edita con fuerza en la adolescencia; sin embargo es un elemento esencial para la constitución de toda identificación.

El hecho de buscar una definición de sí mismo, como adulto independiente, le implica al adolescente la ruptura de lazos familiares. Aberastury plantea que el adolescente debe realizar tres duelos fundamentales: el duelo por el cuerpo infantil perdido, base biológica del proceso; el duelo por el rol y la identidad infantil: renuncia de dependencia y aceptación de nuevas responsabilidades; y el duelo por los padres de la infancia: pérdida de la protección que estos significan. Y los duelos de los adolescentes tienen su correlato en los duelos que deben enfrentar sus padres: duelo por la pérdida de sus hijos niños, por la pérdida de su rol de padres de niños, y por la pérdida de su condición de adultos jóvenes. Ambas partes tienen dudas acerca del lugar que debe tener el adolescente en su desarrollo, tienen sentimientos contradictorios sobre si desean o no su crecimiento.

Esto se vuelve más complicado si además de considerar las luchas entre padres e hijos, consideramos que cada uno de ellos está a su vez en lucha consigo mismo. A esta situación Stone y Church la llaman “ambivalencia dual”. En el mecanismo de la ambivalencia coexisten, una junto a la otra, la corriente tierna y la hostil (amor y odio; positivo y negativo), sin que una pueda cancelar a la otra. El sujeto reprime estas tendencias para poder socializar, sin embargo éstas no desaparecen.

El adolescente experimenta fuertes sentimientos de ambivalencia, tanto con los que lo rodean como consigo mismo. Surge mayormente en relación con su propio cuerpo y no sabe si actuar como niño o como adulto; quiere repudiar su yo infantil, pero tiene dudas. Desea privilegios sin asumir responsabilidades, o sea, desea tanto los privilegios de la niñez como los de la adultez. Por un lado necesita su propio espacio para poder crear su propia identidad, pero por otro lado se resiste a ello, ya que implica una separación emocional con su familia, experiencia que sin duda es dolorosa. Está el deseo de crecer pero también de seguir siendo niño; de salir del espacio parental pero también de continuar en él. Esta ambivalencia entre ser niño y adulto al mismo tiempo, genera conductas infantiles pero a la vez desea ser tratado como adulto.

Con respecto a sus padres, si estos intervienen en la vida de sus hijos, son entrometidos y dominantes, y si no lo hacen no tienen sentimientos y son negligentes.

En pocas palabras, el adolescente lucha por sentirse independiente cuando en realidad sigue siendo muy dependiente, y esto le genera fuertes sentimientos de frustración, rabia,

humillación, malhumor, resentimiento y desesperación; mismos que también van a sentir los padres en su propia ambivalencia ante el desarrollo de sus hijos.

Con todo esto, los adolescentes necesitan una figura contra la que se puedan rebelar, como una forma de decirse a ellos mismos que están creciendo, y los límites impuestos por sus padres deben ser el objeto tangible contra el cual se rebelan.

Si los adolescentes no siempre están bien preparados para hacer frente a las libertades y responsabilidades adultas, se debe, a menudo, a un sabotaje intermitente (sin intención) de su autonomía por parte de sus padres, quienes no han podido entender el proceso de sus hijos, o no han sabido elaborar sus propios duelos, o no han contenido los embates hostiles de los chicos... o todo ello en conjunto.

Otro componente muy importante en la etapa de la adolescencia, es la identidad sexual.

La sexualidad es la manera en que nos integramos como personas sexuadas, es el modo de vivir esta realidad; entonces la adolescencia es la etapa en la que el proceso de sexuación va a producir transformaciones esenciales para tal fin. Éstas se van a producir en tres áreas: en la re-definición de la identidad sexual, en la aparición y configuración del deseo sexual, y en la evolución de los afectos relacionados con la sexualidad.

El desarrollo de la maduración sexual del adolescente pasa por fases de autoerotismo, sexualidad más o menos manifiesta con los iguales, hasta la llegada a la identidad genital adulta. En la adolescencia la masturbación es frecuente y puede llegar a causar sentimientos de culpa. También es importante tener en cuenta que se puede dar un periodo de relaciones muy estrechas con amigos del mismo sexo que incluyen un alto grado de intimidad física, sin que esto implique una orientación sexual determinada cuando se llegue a adulto. Estas actividades sexuales forman parte del desarrollo del adolescente, en su trayecto por conseguir una identidad sexual adulta.

El proceso de identidad sexual tiene lugar en el marco del crecimiento y desarrollo del adolescente. La adolescencia representa un periodo de tiempo para la *exploración y la experimentación*. De tal manera, la actividad sexual no refleja necesariamente la orientación sexual actual ni futura. Además, la actividad sexual debe entenderse como una conducta, mientras que la orientación sexual es un componente de la identidad personal. Muchos adolescentes experimentan una variada muestra de conductas sexuales que van incorporando a su proceso de identidad sexual, consolidándose a través de un largo periodo de tiempo (existe el riesgo de interpretar el significado de las conductas sexuales, en relación a la identidad sexual).

El desarrollo y la consolidación de la identidad sexual depende de muchos factores: madurez individual, experiencias, acceso a información de confianza, disponibilidad de los modelos de roles adultos, conocimiento de los compañeros, etc. Mientras que algunos adolescentes pueden consolidar su identidad sexual en edades precoces, otros lo harán hasta la edad adulta.